

Los locos son los demás

Fernando Tomás

Cuarteto para un solista es una fábula moral, en la que el segundo elemento del título, el solista, es también el solitario, lo primero porque su misión es interpretar lo que le dicen los otros cuatro, o más bien traducirlo del lenguaje de los sueños o las revelaciones al idioma de los seres humanos, y lo segundo porque se encuentra muy sólo en una sociedad, la nuestra, en la cual quienes no quieren plegarse a las corrientes de opinión son condenados al silencio y quienes no aceptan las reglas del sistema son calificados de perturbados, como le ocurre al anciano profesor ingresado en una clínica especializada en trastornos mentales transitorios que protagoniza este libro de José Luis Sampedro y Olga Lucas. El cuarteto de la primera parte del título lo forman cuatro griegos nacidos de Tales de Mileto, que son el Agua, el Fuego, la Tierra y el Aire, educados por Anaxímenes y Empédocles y tan preocupados por el destino de la humanidad, que durante todo el libro dialogan sobre la destrucción de la Vida a causa de la barbarie del hombre civilizado, cuyo hermoso planeta, según vaticinan los elementos, está a punto de desaparecer como antes desaparecieron Babilonia, Roma, el imperio Mongol o los mayas. Tal vez la causa sea, como aventura Tierra, que antes los hombres cambiaban de dioses y ahora los suplantán, porque su inteligencia y sus descubrimientos les han conducido a la soberbia y, demasiado frecuentemente, a la locura y al suicidio. Y no se trata, como le dice el profesor a uno de sus médicos de «tomar partido o por el buen salvaje o por el científico», sino sencillamente de recuperar el sentido común y ponerse

José Luis Sampedro y Olga Lucas: *Cuarteto para un solista*, Plaza y Janés, Barcelona, 2011.

en manos del dinero, como muy bien tiene que saber Sampedro, que es catedrático de Estructura Económica pero, sobre todo un humanista que proclama que hay que conseguir una ciencia con conciencia, que logre que: «el progreso no se lleve a cabo a costa del resto, que mientras la mayoría de la población mundial sufre e incluso muere por falta de alimentos, agua potable y condiciones de vida digna, haya una minoría que muera de opulencia.»

Sampedro y Lucas hablan en esta sencilla mezcla de narración y opinión de un mundo real y otro mítico, que lo es en ocasiones por ser fruto de la imaginación y otras veces porque la Historia lo ha convertido en una sombra del pasado. En el mundo real, además, el pasado y el presente también se superponen en los lugares en los que Aire, Tierra, Fuego y Agua se citan para hablar del mundo, que son Tombuctú, Tahití, Ginebra, Venecia y Knososs, y así vemos arder los bosques de las Montañas Rocosas como los vimos en las pantallas de televisión y las fotografías de los periódicos, y vemos también imágenes míticas de Knososs, donde «germinó la semilla del árbol de Europa», con sus muros reflejados en el mar Egeo y su Salón del Trono cubierto de lienzos, tapices y esculturas; o del Sáhara atravesado por dos ríos en los que se bañaban los hipopótamos, en el actual Níger, y como indicio se muestran los espléndidos restos de la destrucción, maravillas como la mezquita de Djingareber, la biblioteca de Ahmed Baba... O de Kumbi-Saleh, la capital del Gran Imperio de Ghana. Lugares que expresan el refinamiento, que fueron lo contrario a la vulgaridad de esta época.

Mientras los cuatro elementos, disfrazados de humanos por la Vida, se sientan a reflexionar en voz alta, por ejemplo, en el Hotel de los Baños de Venecia, que es descrita como «una miniatura de Europa y de todo el siglo XVIII» y donde han ido para homenajear ese lugar que fue un refugio de manuscritos y obras de arte en los tiempos de la conquista de Constantinopla por parte de los turcos, en la consulta del doctor, el profesor repite algunas de las obsesiones de Sampedro, como su condena del capitalismo como generador de desigualdades feroces y su anticlericalismo y su absoluta refutación de la moral cristiana, que se explica astutamente al comparar a Casanova con Don Juan, aquel un conquistador por placer y éste por venganza contra las mujeres, el italiano un libertino y el español una metáfora «de la moral católica de nuestro país, de la

idea del pecado, la presión clerical, la maldición de la carne, la mujer concebida como tentación y fuente de todos los males.» En la obra, también se hacen continuas referencias a los autores o científicos predilectos del creador de *La sonrisa etrusca* y *La vieja sirena* que tuvieron alguna relación con las ciudades elegidas como decorado en este Cuarteto para un solista, de Rosseau a Casanova, pasando por Voltaire, Galileo, Newton, o Descartes, de los que se cuentan algunas historias simbólicas, casi todas ellas enfocadas a anteponer el ideario de quienes intentaban imaginar un mundo mejor y el de los que, hoy en día, sólo buscan un mundo más poderoso, basado en la sobreexplotación de los recursos y en la prepotencia de los fuertes, que sólo puede subsistir explotando a los más débiles, que además cada vez son más pobres. Un mundo que, según se dice en este libro, inventó el calvinismo al preconizar la dignificación del dinero, diciendo que «la riqueza era grata a los ojos de Dios», lo cual alentó «las actitudes cada vez más emprendedoras de las fuerzas burguesas», hizo que «florecieran banqueros y mercaderes que prestando fuertes sumas a reyes y nobles ganaron influencia política.» El resultado es que, como todos podemos comprobar, nuestras vidas están en manos de los mercados, que son un sistema necesario pero aplicado de forma abusiva e inhumana: «No confunda usted economía de mercado con sociedad de mercado –le dice el viejo profesor a su médico–, en la que todos los bienes y recursos, incluso las personas, se tratan como mercancías.»

Cuarteto para un solista es un libro sencillo aunque esté lleno de sabiduría, porque está pensado para enseñar o, al menos, para hacer recordar que hubo otras civilizaciones, que por otra parte tampoco estaban exentas de espanto, y sobre todo que puede y debe de haber un cambio en la nuestra, que se aboca a la catástrofe y que, en cualquier caso, ha fracasado en su tarea de conseguir la justicia, la paz y la igualdad en el mundo. La idea básica de José Luis Sampedro y Olga Lucas es que el progreso no tiene sentido si no se encamina a lograr que todos seamos «mas dignos, más libres, más justos y más solidarios.» Habrá personas que los tachen de ingenuos, pero serán las peores de este mundo. Y a lo mejor los locos son ellos ©